

Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

Director:

J. Fernández de la Reguera.

MARIA GONZALEZ



15

céntimos.

scaler

Cuando ella sale á la escena,
nadie á su influjo se escapa,
porque es, graciosa y amena,
como actriz, buena, muy buena,
y como mujer muy guapa.



scaler

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

La Semana, por Luis Royo.—*A una florecilla*, por J. Perez Zúñiga.—*A Manuel del Palacio*, por José de Diego.—*El drama eterno*, por Sinesio Delgado.—*Un sabio*, por Jacinto Octavio Picón.—*Una cadena*, por Eduardo García.—*Es natural*, por Antonio Serminiana.—*En el album*, por Eusebio Blasco.—*Palique*, por Carlos Miranda.—*¡Espartaco!*, por A. Sanchez Perez.—*Chirigotas, y Anuncios*.
GRABADOS: *María Gonzalez*, por Escaler.—*Operas*, por Escaler.—*Un drama en el mar*, por Escaler.—*El perro inoportuno*, por Escaler.—*Para ustedes*, por Escaler.—*De pesca*, por Escaler.—*En París*, por Escaler.—*Niñerías*, por Escaler.



Cumpliendo lo que manda el refrán, los grandes centros obreros deben empezar á remojarse las barbas, en vista de que al vecino se las están pelando que es un gusto.

Y aquí el vecino es el puerto de Londres, cuyos cargadores se han propuesto, sin duda, ejercer el oficio dejando á sus amos cargados hasta no poder más.

Nada hay que temer por ahora en Barcelona, pero puede paralizarse nuestro muelle como el del Támesis, y aunque ahora vamos al reló, ¡adiós reló, el día que se afloje el muelle!

Los agoreros, zahoríes, adivinos é hierofautes, que años hace presagiaban como muy cercano el fin del mundo, anuncian ahora desde Alemania la «huelga universal» para el otoño próximo.

Y si el presagio de antes entristecía, el anuncio actual nos pone alegres como unas castañuelas.

Una huelga universal; es decir, un barullo monstro, una juerga sin fronteras, unos días de jaleo en que tome parte toda la humanidad y precisamente en el otoño, la época de la vendimia, es lo más hermoso que puede darse.

El de la vieja humanidad echando una cana al aire, será un espectáculo nunca visto.

Y si empezamos por ese camino, ¡cualquiera pone orden otra vez en este pícaro mundo, que, sin duda, se ha mareado de tanto dar vueltas!

Como el Altísimo no nos apriete la faja del Zodíaco, no veo otra manera de meternos en cintura.

La aridez del suelo alemán y el brumoso horizonte británico fomentan esas huelgas tenaces y persistentes, de las cuales nos dá cuenta muy á menudo la Agencia Fabra.

Pero en este país bendito, donde el capricho reina y la volubilidad gobierna, no prosperan esas clases de manifestaciones y la que dura tres días, es cosa del otro jueves.

Bien que aquí hay un remedio eficaz contra esa temible resistencia pasiva del obrero.

Nada de arbitrajes, arreglos, jurados mixtos y demás paños calientes; se obsequia á cada huelguista con un

tendido para la corrida más próxima y es seguro que todos saldrian de la plaza olvidando lo pasado despues de descargar sobre la presidencia y los picadores todo el furor anti-burgués y toda la ira socialista.

Estamos en la mejor de las naciones posibles.

Mientras la marejada que se nota en fabricas y talleres extranjeros hace creer que pronto se volverá la tortilla, la calma misma que aquí disfrutamos hace pensar que ni la tortilla ha de moverse, ni el mango de la sarten ha de cambiar de mano en mucho tiempo.

La guerra europea tambien nos tiene sin cuidado alguno.

Con tan bello porvenir por delante, riámonos de la amistad franco-rusa y de la Triple Alianza, ese triple anís europeo que, por lo belicoso, merece llamarse «triple *peleon*.»



Todo se tergiversa, se adultera y se mixtifica.

Tuvo razon el poeta que llamó á este siglo el siglo de la duda.

Porque hay que dudar de todo: de la moneda, del color del pelo, de la dentadura...

Como decia un marido concejal y encargado de denunciar los artículos adulterados:

—Estoy de adulterios hasta aquí.—Y se tocaba la frente con ambos puños.

No podemos fiarnos de los sentidos, porque hay apariencias engañosas y hay gentes que al tropezarse con alguien en la calle, le hacen la pregunta del cuento:

—¿Es á V. ó á su señor hermano de V. á quien tengo el honor de hablar?

En esta semana ha correspondido la adulteración á los billetes de lotería.

Cuando ya no había remedio, *La Correspondencia* y otros órganos oficiosos dieron las señas personales de los billetes apócrifos, diciendo que el ejemplar falso se conoce al instante en tal ó cual detalle, en que está muy mal hecho...

¡No faltaría más, sino que estuviera bien hecho eso de expender décimos falsificados!

A pesar de tales señas, muchas personas cargaron con los billetes ilegales y vieron, despues del sorteo, que si el número era muy malo, por no haber obtenido premio, el billete era mucho peor; es decir, que habian sido objeto de una doble *primada* por parte del expendedor v del Gobierno.

Un sujeto compraba á sabiendas los décimos falsificados.

—¿Por qué hace V. eso?—le decian.

—Por la novedad; de todos modos, cuando los compro buenos, tampoco me cae un perro chico...

—¿Qué es la lotería?—le preguntaban á un escarmen-
tado.

—Es una cosa donde hay una lista grande (la oficial)
un listo grande (el Gobierno), y varios tontos chicos y
grandes (los jugadores).



En este país, que nunca deja de ser el país de los
viceversas, no hay cosa más secundaria que la instruc-
ción primaria.

Los maestros de escuela que reclaman sus pagas, han
conseguido que los altos poderes se fijen en ellos....

para encargarles una série de conferencias pedagógicas,
con objeto de abrir el apetito sin duda.

En todos los distritos universitarios se han celebrado
conferencias de esta clase, y es de suponer que muchos
de los oradores hayan pedido una taza de caldo del pu-
chero, en vez del agua con azucarillos.

Un profesor, emocionado ante el público, empezó su
discurso así:

—No extrañéis que en tan supremo instante tenga
el aliento embargado...

—¡Infeliz! ¡hasta eso! —exclamó sin poderse contener
uno de los oyentes.

LUIS ROYO VILLANOVA

A UNA FLORECILLA SILVESTRE

Florequilla que ostentas
en tu corola
el color azulado
de la amapola,
esparciendo en el campo
gratos olores,
sobre el verde alimento
de los pastores;
tú, que ocupas vivienda
tan ventilada,
sin que ningún casero
te pida nada;
tú, que ves en la sombra
que hacen los trigos,
cómo aman las hormigas
á los hormigos;
tú, que si de amonarte
sientes las ganas,
te achispas con rocío
por las mañanas;
tú que alegre soportas
en tus costillas
cien pintarrajeadas

mariposillas,
y á mi amor me recuerdas,
puesto que hallo
esbeltez en tu talle,
digo, en tu tallo;
dime si son mis dudas
simples bobadas,
ó son, por el contrario,
justificadas.
Dime si Restituta
la chalequera,
de verdad se merece
que yo la quiera.
Dime si es mi recuerdo
solo el causante
de las negras ojeras
de su semblante.
Dime tú con franqueza
si es inocente
su entrevista diaria
con un teniente,
ó al admitir sus besos
y aun otras cosas,

lo hace con intenciones
pecaminosas.
Sácame de esta duda,
flor de las flores;
porque me van cargando
ciertos rumores.
¿Pero no me consuelas?
¿Nada me dices?
¿De mis penas te burlas
en mis narices?
¿Crees que no es mi sospecha?
morrocotuda?
¿Es que has sentado plaza
de sordo-muda?

Ya que no me respondes,
por lo que veo,
anda, flor de los campos,
vete á paseo.
¡Yo me tengo la culpa,
si así me humillas,
por hablar de estas cosas
con florecillas!

J. PEREZ ZÚNIGA.

A MANUEL DEL PALACIO

Y van dos veces que enseñais el puño,
mi señor y maestro: una al menguado
que ahora os insulta y otra á mi terruño.

La que á mi tierra hicisteis echo á un lado,
porque no es noble revivir injurias
que el tiempo y la distancia ya han borrado,
ahora que sois el blanco de las furias
del *leoncillo con alas*... que él se pone,
porque le llamen el dragón de Asturias.

Esas *alas*, que el vulgo le supone,
son, Manuel del Palacio, puro enredo
y puro afán de un nombre que le abone
de águila ó de gorrión... Yo afirmar puedo
que él se llama García—y es bastante—
como cualquier municipal de Oviedo.

También se ha puesto un mote muy sonante,
con el cual llama á su jauría loca
de las letras al campo de Agramante;
é inútilmente su *clarín* emboca...
porque ya estamos convencidos todos

de que no es el *clarín* lo que nos toca.

Se muere el buen señor por los apodos
y á vos, que estais en genio y en cultura
sobre él lo menos á doscientos codos,
os llama, con plagiada donosura,
medio poeta... presumiendo el zote
que os iba á dividir su mordedura.

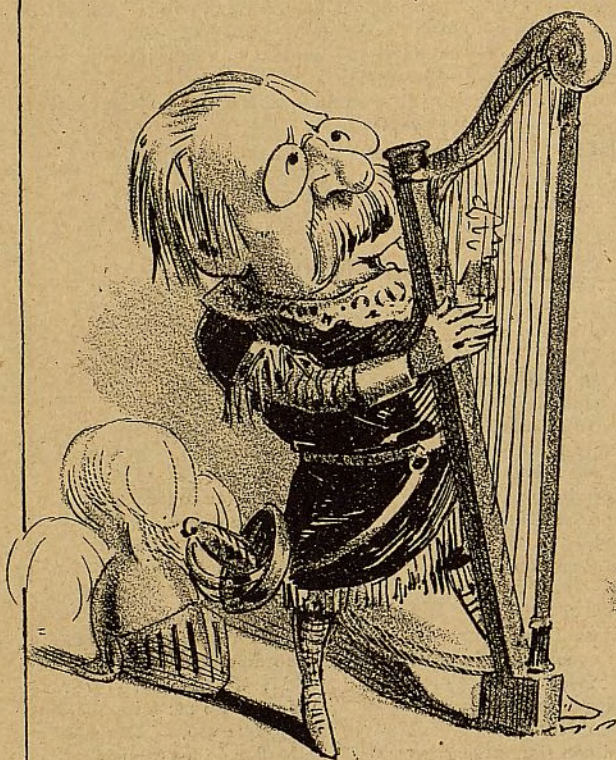
¡No deja de tener su gracia el mote!
¡cómo que ya se lo aplicó á sí mismo
el creador sublime del «Quijote»!

Entre *Clarín* y vos media un abismo:
concibe dulces frutos vuestra musa
y les dais, al nacer, fé de bautismo;
mas él, que de lo ageno usa y abusa,
los va á buscar—y luego los disfraza—
al hogar de otro, cuando no á la inclusa.

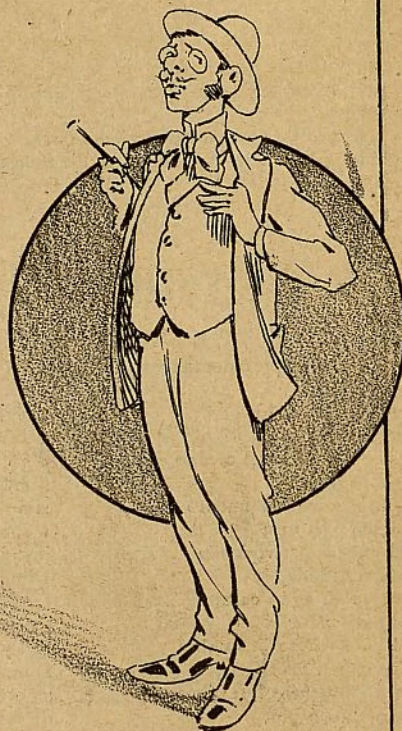
Y, á lo mejor, se da tan mala traza,
que sale un Bonafoux que le averigua
que son sus hijos de francesa raza.

De este modo es *Clarín* un *medio nigua*,

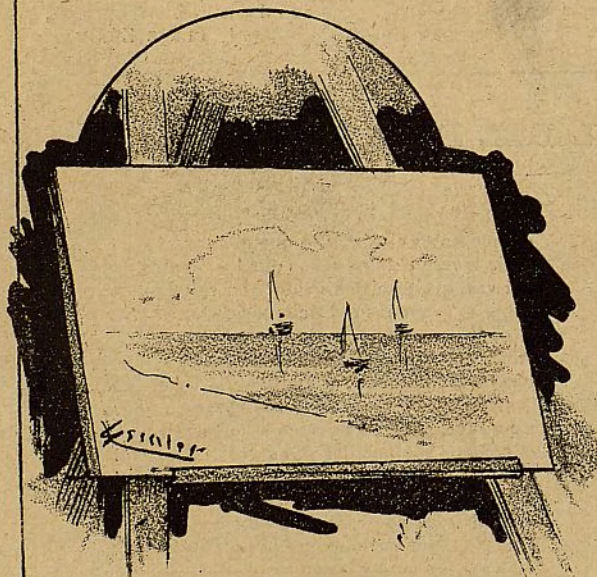
OPERAS



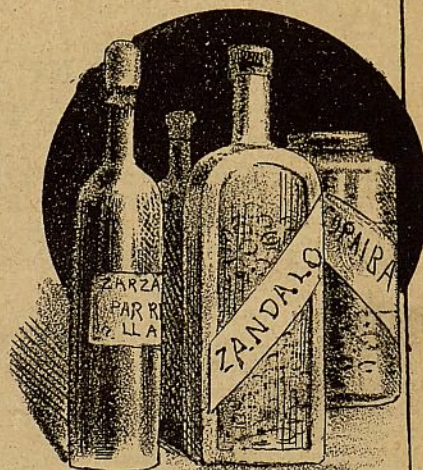
IL TROVATORE



DON GIOVANNI



MARINA



ELÍSIRO D' AMORE

UN DRAMA EN EL MAR



¡PERO ES QUE ME HACES DAÑO!

que nutre, á expensas de la sangre ardiente
de otros ingenios, su facundia exigua.

Y si se da á la crítica—impotente
para hacer nada original y bueno—
quiere ser comadrón inteligente;
mas, cada vez que en el fecundo seno
del arte pone la torcida mano,
ahoga á los hijos del talento ageno.

Rústico os dijo á vos y grafomano,
y me extraña, señor, como se ensaña
en vuestra alma gigante el pobre enano;
pero ¿á que no sabeis por qué me extraña?
No porque sois excepcional poeta...
¡porque habeis sido embajador de España!

Subid de nuevo á la encumbrada meta,
y en vuestro honor agitará el monago
el incensario vil con que ahora os reta.

Y no creais que os mimo y os halago,
ni que víctima es él de mis furores,
porque antiguas venganzas satisfago:
yo, más puedo de vos tener rencores,
que hablásteis mal de la *tierruca* mía,
que os recibió con palmas y con flores.

¡Es que me indigna ver cual la jauría
va persiguiendo, con innoble anhelo,

al águila gentil de la poesía,
que, arrastrando su sombra por el suelo,
en tanto la jauría el polvo muerde,
cruza la azul esplendidez del cielo!
El grito de la envidia, al fin, se pierde
y de esta, que os ladró, crítica perra,
no habrá de aquí á cien años quien se acuerde;
mas vuestro canto sonará en la tierra,
mientras se hable en dos mundos el idioma
que el alma artista de Castilla encierra.

A gran empeño vuestra musa toma
presentar, en la estúpida batalla
que os da *Clarín*, el pecho de paloma;
cuando ingenios, Señor, de vuestra talla,
se convierten en puros demagogos
bajando á discutir con la morralla.

Escuchad de *Clarín* los desahogos
como el *canto* en ladridos que á la luna
alzan de noche los poetas dogos...

Y al *dómine* dejad, que, por fortuna,
inútilmente su *clarín* emboca
¡pues ya no cabe á nadie duda alguna
de que no es el *clarín* lo que nos toca!

JOSÉ DE DIEGO.

EL DRAMA ETERNO

Consejo me pides, Blas,
y quiero dártelo al punto,
porque creo que el asunto
es grave como el que más.

Tú adoras á tu mujer
con fidelidad que alabo,
y eres su amante y su esclavo
y todo lo que hay que ser.

Dejó el alma de ser tuya,
pues que en sus ojos se abrasa;
¡jamás ha habido en tu casa
más voluntad que la suya!

¡Bien la pagas, á tu modo,
su juventud, su bellezal...
Respeto, nombre, riqueza,
todo te lo debe, todo.

¡Y te engaña, sin embargo,
con un amante la infiel,
y le da lo dulce á él
y á tí te guarda lo amargo!

¿Te has ofuscado quizás?
¿Tienes pruebas? ¿Estás cierto?
¿Tu deshonra has descubierto?

Pues oye el consejo, Blas.

Nada te puedo decir
de ella, si vive tu amor;
pero respecto al traidor
es muy fácil decidir.

Una comedia sencilla:
mucho aplomo, mucha calma:
cuanto más fuego en el alma,
más frío en la mascarilla.

Ya sé que el sistema es
inútil, si no se lleva
un valor á toda prueba;
pero después... ¡Oh! después,
cuando ya no se te escape,
busca ó pide á la fortuna
una ocasión oportuna
en que la ley no te atrape,
y por la espalda, á traición,
cuando acuda á la emboscada,
le das una puñalada
en mitad del corazón.

¿Que no es noble? ¡Dí que sí!
Lo estúpido, lo imprudente,

es retarle frente á frente
para que él te mate á tí.

No te batas, no señor.
Fuera bueno, si él obrara
lealmente y cara á cara
al atentar á tu honor.
Pero no: ¡pudo escoger
ocasión, armas y lazos
para arrancar á pedazos
la virtud de tu mujer!

Tal vez te vendió amistad,
y en los corrillos, tal vez,
comentó tu sencillez
y se burló sin piedad.

¿Y ahora tú, alzando el puño,
dirás á tan ruin canalla:

—¡Conmigo sois en batalla;
salid al campo, don Nuño!

¡Imbecil serias, Blas!
¡Nada! Busca la ocasión,
y pártelo el corazón
como él á tí: ¡por detrás!

SINESIO DELGADO.

UN SABIO

Íbamos de paseo, mi amigo Pepe y yo, conversando
acerca de lo inverosímil en literatura, pero sin discutir
ni llevarnos la contraria, por ser idéntico nuestro modo
de pensar, convencidos ambos de que, por rebuscadas
que parezcan las invenciones de la imaginación, aún
parecen, con frecuencia, más extraordinarios los ejem-
plos de la realidad. En apoyo de nuestra opinión, recor-
daba yo haber leído recientemente dos casos certísimos
que nadie hubiera creído si los viera escritos en una
novela: uno, fruto de la casualidad: otro, producto de
una excepcional grandeza de alma.

Consistía el primero en lo siguiente:

Hace poco tiempo desapareció de Barcelona un caba-
llero. En un principio se creyó que su desaparición te-
nía por origen el crimen, mas por ciertos datos y ante-
cedentes, se vino en sospecha de que él á sí mismo de-
bió de darse la muerte. Las autoridades comenzaron á
buscarle y varios de sus agentes recorrieron las cerca-
nías del puerto de Barcelona, encontrando, al fin, su ca-
dáver con indudables señales de suicidio. En esto nada
hay de sorprendente. Lo raro del caso consiste en que
los mismos agentes que buscaron y hallaron al caballe-
desaparecido, encontraron también á poca distancia de
su cadáver el de otro suicida. Y preguntaba yo: ¿qué
se diría de un autor, por ejemplo novelista, que narra-

se en un libro episodio semejante. El suceso es, sin embargo, ciertísimo. Toda la prensa española lo ha publicado hace próximamente un mes. Buscando al suicida se halló otro suicida muerto en iguales circunstancias. Como se ve, en este ejemplo la casualidad llega á crear lo que nunca hubiera inventado la imaginación, y sobre todo, lo que nadie habria creído.

El segundo caso es de índole distinta.

En una ciudad de Castilla, hace pocos meses, un soldado mató de un tiro á uno de los oficiales de su batallón, por lo cual fué sentenciado á muerte y fusilado y su familia condenada á entregar, como indemnización, una suma de dinero á la viuda de la víctima. Pero esta era rica y la viuda del fusilado era pobre. Pues bien, la primera cedió á la segunda, desués de haberlo recibida legalmente, el importe total de la indemnización. Y no cabe duda de que tambien podríamos hacer la pregunta anterior, ¿Sería considerada como verosímil tan noble acción á verla escrita en las páginas de un libro? ¿No se diría que el autor incurre en exageración para pintar la bondad de un alma? ¿Cabe en cabeza humana que la familia del muerto, del asesinado, se convierta en bienhechora del matador asesino? Y conste que tambien este hecho es cierto y ha sido publicado.

¿Dónde acaba lo verosímil? ¿Dónde empieza lo que debe ser considerado como contrario á la realidad posible?

Así hablábamos, cuando acertó á pasar á nuestro lado un hombre de más de cincuenta años, simpático, de buena presencia y decentemente vestido. Iba andando despacio y llevaba de la mano un precioso niño de cuatro años, vestido con sin igual elegancia. Parecían abuelo y nieto. A pocos pasos les seguía una niña.

—¿Ves ese hombre?—me dijo Pepe.—Pues es un ejemplo vivo de lo que estamos hablando. En su vida hay un episodio inverosímil, que nadie dejará de aplaudir, pero que muchos se negarán á creer. Un rasgo de buen juicio, generosidad y cordura, que parece cosa fraguada por un escritor romántico, de aquellos que tenían por sistema exagerar y sacar de su natural asiento las pasiones y los sentimientos, pintando á las mujeres y los hombres peores ó mejores de lo que son, pero nunca tales como la realidad los presenta.

—Cuéntame lo que haya hecho ese caballero.

Pepe me refirió lo siguiente:

—Ese caballero se llama D. Luis Romillo y es riquísimo. Sus padres le enviaron á Méjico, casi niño, y allí permaneció en compañía de un tío suyo y en clase de dependiente de una gran casa de comercio, durante muchos años. Cuando murió su tío le dejó por heredero de su cuantiosa fortuna y él cansado de vivir lejos de la tierra que le vió nacer, dió la vuelta á España, fijando su residencia en Madrid. Las primeras semanas de su estancia en la corte habitó una fonda, pero, quejoso luego del mal trato que en ella le daban, adoptó la resolución de poner casa: lo cual hizo, á pesar de su riqueza, con gran modestia y escasos gastos, no por taquetería, sino por ser naturalmente enemigo de la ostentación y hombre de pocas necesidades.

En un principio no se trató con los demás inquilinos: vivía servido por un matrimonio de viejos, no era visitado de nadie, se retiraba temprano, cuando se encontraba algún vecino en la escalera le saludaba, y nada más.

Una noche, al volver del teatro á la una de la madrugada, hora para él inusitada, se encontró en el descansillo del piso en que vivía, á sus criados hablando con una mujer joven y bonita, que con lágrimas en los ojos les daba gracias por cierto favor que de ellos había recibido. Al ver á D. Luis, los sirvientes cortaron rápidamente el diálogo, le dejaron paso y la mujer llorosa subió escaleras arriba.

Lo primero que á los criados se les ocurrió cuando

su señor les preguntó quien era aquella señorita, fué mentir ó disfrazar la verdad: pero estrechados por él, no tuvieron más remedio que confesar el motivo y la ocasión de lo sucedido. La señorita que había visto D. Luis—porque, aunque humildemente vestida, tenía aspecto de señorita—vivía en el último y más barato de los cuartos de la casa, en compañía de su madre, señora anciana achacosa. Eran muy pobres y no tenían más recursos que la exigua viudedad de la vieja, y lo poco que la hija ganaba bordando. La casa de comercio para quien esta trabajaba, había quebrado, hacía dos meses que no le daban labor, y, limitadas las pobres mujeres al puñado de duros de la viudedad, apenas tenían para comer. Mientras les quedó algo para empeñar, fueron pasando, pero luego enfermó la madre, hubo que llamar al médico y este recetó medicinas caras. La criada vieja de D. Luis sabía todo esto, porque conocía á la madre y á la hija de verlas cuidar unos tuestos que tenían en las ventanas y de conversar con ellas algunas veces sobre si tales ó cuales plantas podrían ó no crecer en macetas y debían regarse mucho ó poco: de estos diálogos pasaron á mayores confianzas, y, por último, la joven llegó á tener con la vieja toda la intimidad que puede haber entre una mujer fina, aunque pobre, y otra de más baja condición.

Ello fué que una tarde D.^a Manolita—que así se llamaba la muchacha—pidió una taza de caldo para su madre á la criada de D. Luis, y en días posteriores favores análogos, hasta que por casualidad se enteró aquélla, gracias al encuentro en la escalera al volver del teatro.

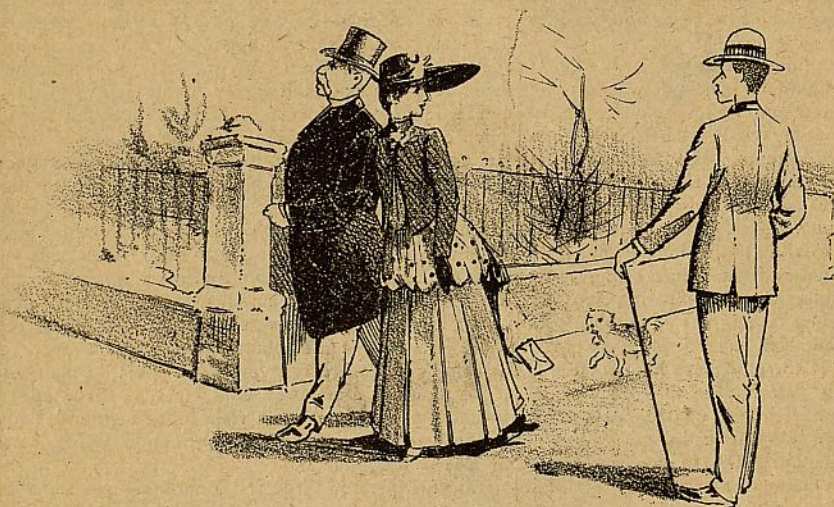
Sabedor de la triste situación de las infelices mujeres, D. Luis ordenó á sus criados que las favoreciesen en cuanto fuera posible, y que no les negasen los pequeños auxilios que pidieran: después de lo cual, pasó algún tiempo sin volver á pensar en el infortunio que tan cerca tenía, hasta que una tarde vió á Manolita asomada á una ventana.

Manolita era una muchacha primorosa. Estaba flacucha y casi anémica por la poca alimentación, malamente vestida, sin la menor gala ni adorno, entristecida y melancólica por su mala suerte; pero tenía los ojos hermosísimos, la boca preciosa, el pelo undoso y negro como el azabache, la tez muy fina, las facciones muy delicadas y el cuerpo airoso y bien proporcionado. Mirándola, no cabía duda de que á los tres meses de alimentarse bien, pasear, estar tranquila y no trabajar, aquella muchacha llegaría á ponerse bellísima: era una planta nacida en mala tierra, que había crecido sin sol y sin agua, y que un jardinero inteligente podía, con poco esfuerzo, cultivar y desarrollar hasta convertir su debilidad en fortaleza y su ajamiento en lozanía.

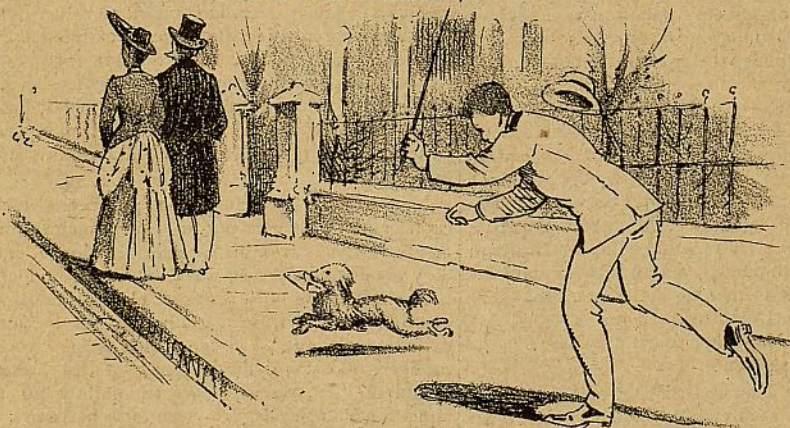
Al otro día de verla en la ventana, D. Luis se presentó en casa de Manolita y sin ambages ni circunloquios la preguntó si quería encargarse de bordar una gran cantidad de ropa blanca que necesitaba para su casa. La chica respondió afirmativamente, con el contento que es de suponer, y D. Luis la rogó entonces que, pues él vivía solo y no sabía hacer cierto género de compras, adquiriese por su cuenta tantos juegos de sábanas y almohadas, tantos pañomanos, tantos manteles y servilletas... en fin, un dineral de lencería. Añadió D. Luis que, como lo quería todo bordado con exquisito primor y delicadeza, y además en muy corto plazo, convendría que buscase otras mujeres para que la ayudasen, organizando al efecto un pequeño obrador. Inútil es decir que tales encargos fueron acompañados de un buen puñado de dinero y que, por lo tanto, cesaron de repente los apuros de Manolita y su madre.

De allí en adelante Manolita pasaba con frecuencia á casa de D. Luis, para darle cuenta de como invertía las sumas recibidas y de lo que adelantaba el trabajo, y D. Luis solía también subir al sotabanco donde continuamente estaba bordando Manolita; la cual, dicho

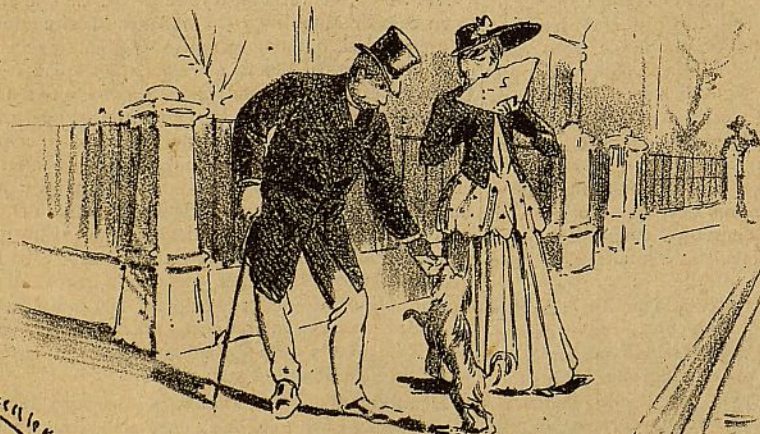
EL PERRO INOPORTUNO



Presa ella, en amante yerro,
echa la carta al descuido;



pero ¡ay! que el maldito perro



la entrega á su amo; ¡al marido!

PARA USTEDES



María de las Mercedes,
una muchacha *hasta allá*,
que queda desde ahora á
la disposición de ustedes.

Ayuntamiento de Madrid

sea de paso, modestamente vestida de negro y rodeada de tanta ropa blanca, estaba encantadora.

La transformación de Manolita fué rapidísima; sus mejillas adquirieron un tono suavemente carminoso, se le enrojecieron los labios, adquirieron redondez sus formas, se le levantó el seno: en fin, se puso guapísima.

No hay para qué decir que su cambio de situación, las mayores comodidades que gozaba, el mejor vestir y las visitas de D. Luis, fueron base de infinitas y malévolas murmuraciones. La portera, los criados de don Luis, los vecinos, todos creyeron que el señor mayor se cobraba los beneficios siendo poseedor de los encantos de Manolita, lo cual era una solemnísimas mentira, porque ni á él se le ocurrió semejante villanía, ni las pobres mujeres la hubieran aceptado.

Los propósitos de D. Luis eran otros. Estaba enamorado de Manolita, pero su proyecto consistía, no en seducirla, sino en tomarla por propia y legítima mujer, y lo que estaba haciendo era facilitarse medios para verla frecuentemente, observarla, convencerse de que era buena y luego declararle su amor y pedirle su consentimiento para hablar con su madre y formalizar las cosas. Su error fué imaginar que la gratitud podía convertirse en amor, y, sobre todo, fué torpeza ir continuamente á casa de Manolita y no darla nunca á entender que la quería. Era hombre acostumbrado á negocios, no había jamás procurado enamorar á ninguna mujer, y creyó que para Manolita sería cosa sencillísima y llana contestarle á tenazón cuando él la preguntase: «¿Quiere usted casarse conmigo?»

Y como lo hizo así, sucedió lo que tenía que suceder.

Una noche entró D. Luis en el sotabanco, se sentó junto á ella y cogiéndole una mano, con gran sorpresa de hija y madre, habló así á la muchacha:

— Manolita, es usted buenísima y primorosa; la considero á usted capaz de hacer feliz al hombre más exigente. Tengo cincuenta y dos años, buena salud y una renta de muchos miles de duros. ¿Quiere usted casarse conmigo? ¡Ah! no tengo mal genio.

La pobre niña soltó la aguja de las manos, dejó caer al suelo la labor, miró á su madre, que estaba estupefacta, y se echó á llorar como una Magdalena. Aquella noche no hubo conversación ni respuesta posibles, porque á Manolita le dió una congoja, á su madre un síncope y D. Luis salió de allí en busca de su criada para que hiciese tazas de tila. Del mismo brebaje tuvo que tomar también D. Luis, porque cuando él salió á llamar á su casa, Manolita volvió en sí, y sintiendo que se ahogaba, aflojó el cuerpo del vestido y se desabrochó el corse para respirar más á gusto. En seguida tornó á subir D. Luis y, como la puerta del sotabanco había quedado abierta, entró sin llamar, sorprendiendo á Manolita con algo más que la garganta al descubierto; y aquel algo era tan maravillosamente blanco, precioso y bien formado, que el pobre señor sufrió una conmoción indefinible: las piernas le flaquearon, palideció, tuvo que sentarse y por fin, sin saber lo que hacía, tomó la taza de tila que aun no había tocado Manolita y se la bebió lentamente, mientras la muchacha, confusa y avergonzada, se abrochaba el corse y se echaba los botones volviéndose de espaldas.

Al día siguiente la madre de Manolita llamó á don Luis y le dijo que su hija le aceptaba agradecidísima por esposo. A los dos meses los novios habían puesto una casa que era un encanto: le costaba doce mil reales al año y gastaron en alhajarla cinco mil duros.

— Fíjate en las cantidades—dijo mi amigo Pepe al llegar aquí— porque ahora viene lo absurdo, lo inverosímil é increíble.

— Cuenta, hombre, cuenta: siempre sería ella una aventura.

— Pues escucha.

Ya lo tenían todo preparado, y arreglado en la vicaría el preciso expediente, cuando una tarde subió don Luis al sotabanco. Manolita y su madre no estaban, pero sí la portera, á quien habían dado la llave para que subiese unos paquetes de encargos que debían llevarles. — «Las esperaré aquí» — dijo D. Luis. La portera se bajó á su chiribitil, y D. Luis se quedó solo pasando la mirada sobre aquellos miserables muebles, que Manolita habría de cambiar pronto por otros lujosos y más en armonía con su peregrina belleza. Al cabo de un rato no se contentó el buen señor con mirar, sino que se levantó y comenzó á examinarlo todo minuciosamente. Vió la pobre mesa de labor, sobre la cual tanto había trabajado su futura, la mesa de comer que tan baratos manjares sustentó, la cama de la madre, con limpias pero humildísimas ropas, en todo se fijó. Por último tuvo un capricho: ver el cuarto y la cama de Manolita.

Era una alcobita donde no había más que la cama con colcha de indiana, un baulito sobre banquillos y una mesita: y ¡oh sorpresa! encima de la mesa había una jicara con tinta, una pluma, una carpeta hecha con un periódico doblado, y una carta sin concluir. Además, el cajón de la mesa estaba abierto y en su interior se veían dos gruesos paquetes de cartas, metidos todavía en sus conservados sobres y atadas con cintas de colores; cintas que D. Luis conoció ser de aquellas que habían venido sujetando en las cajas las ropas que había comprado para que las bordase Manolita. Aquellas cartas estaban dirigidas á Manolita. Don Luis no se pudo contener: deslió uno de los paquetes, y pasó la vista por varias de las epístolas. Todas eran de la misma mano, tenían igual firma, empezaban y concluían con palabras de amor, promesas de caricias y esperanzas de besos. Ciego de cólera, cogió, por último, la carta que estaba sobre la mesa, la escrita por Manolita. Le faltaba el final: pero lo que decía, aunque truncado, era un poema. El párrafo más importante era este:

«No te canses, ni me escribas, ni me mortifiques, ni aumentes mis penas repitiéndome que me quieres con toda tu alma, como yo te quiero á tí. Me caso para que mi madre muera tranquila en buena cama y bien cuidada, en vez de morir en un hospital, porque mis ojos cegarán á fuerza de llanto y trabajo, y no podré mantenerla si vive, ni enterrarla si muere. Y nunca, nunca, pienses que seré capaz de engañar á D. Luis. No le amo, porque te amo á tí, ¿lo entiendes? pero, aunque me hagan trizas el cuerpo y me consuman el alma, jamás, seré mala para con el hombre que me dá su nombre. Te devuelvo tus cartas y te pido perdón.»

Por eso estaban las cartas de él cuidadosamente atadas en paquetes: para devolvérselas.

D. Luis se sentó sobre el baul de Manolita, dejó caer la cabeza sobre el pecho, sintió que le rodaban por las mejillas dos lágrimas como dos guisantes; luego, de pronto, se levantó, se enjugó el llanto con una punta de la colcha de indiana y dejándolo todo con sumo cuidado, según lo encontró, salió de la alcoba y se bajó á su casa: mas antes de salir, se fijó en el sobrescrito que Manolita tenía preparado para aquella admirable carta.

La noche que pasó D. Luis no tuvo nada de envidiable: mas era tan bueno, que en vez de ser rabia la que le dominase, se le entró al alma una melancolía placida y tranquila que le desalteró el espíritu sirviéndole de calmante. Al vestirse á la mañana siguiente, se vió el cuerpo flacucho, usado, vencido del trabajo, agobiado por los años, y acordándose de aquella blancura deliciosa que contempló un momento cuando la congoja de Manolita, sonrió tristemente murmurando:

—«¡Ya es tarde!»

Al día siguiente la chica y su madre no vieron á don Luis; al otro tampoco: al cuarto se les presentó un amigo para decirles que el pobre señor había emprendido un viaje muy largo, dejándole encargo de entregarles un rollo de papeles y una carta. Los papeles eran títulos de la Deuda que representaban una renta más que bastante para vivir con comodidad, sin pensar en lo porvenir. La carta no decía más que esto:

«Manolita: Eres demasiado buena, como yo he sido demasiado tonto, imaginando que me podías querer. Para tu virtud y tu hermosura no hay en el mundo más que un premio: el amor. ¡Lo único que yo no sabía darte! He averiguado que tu novio es listo, trabajador y honrado: además es joven y guapo. Sólo os faltaba para ser felices un poco de dinero: yo os lo regalo. Recibido sin humillación, como yo he aceptado, sin rebeldarme contra ella, la lección que en tu alcoba me depa-
ró la casualidad, que por esta vez merece nombre de

Providencia. ¡Cómo ha de ser! Pasados algunos meses os escribiré y, si tenéis un hijo, vendré para apadrinarle.»

Manolita se casó con su novio, que cumplió con ella como amantísimo esposo; D. Luis también cumplió su palabra, pues acabas de verle paseando al niño como si fuera suyo.

—Tu relato—dije á mi amigo—es tan sencillo y conmovedor, que parece cuento inocente para incluido en libro dedicado á educandas. Casi resulta cursi.

—Tienes razón: pero es ciertísimo—repuso Pepe, añadiendo:—Si el hecho de encontrar D. Luis las cartas del novio de Manolita hubiera sido una farsa amañada por ella, lo creeríamos sin vacilar. Su sacrificio era sincero y andamos rehacios en darle credito. ¿Qué levadura de torpeza ó sedimento de maldad habrá en el fondo de la conciencia humana, para que sin esfuerzo acojamos lo censurable y con tanta facilidad dudemos de lo bueno?

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

UNA CADENA

Juan, un guapo mocetón,
está loco por María,
que á su amor se muestra fría,
porque idolatra á Ramón.

Por él pierde los colores
purpurinos de su cara;
mas él en nada repara
porque él adora á Dolores.

Como ésta le quita el sueño,
está pálido y flacucho;
en que ella le quiera mucho
ha puesto Ramón su empeño,
y semanas tras semanas
pasa el pobre suspirando,
lluvia y calor aguantando
en frente de sus ventanas.

Allí le despierta el día

y allí le encuentra la aurora;
gime, se atormenta, llora,
pero nunca desconfía;

y aunque este amor desgraciado
de su ventura es verdugo,
él piensa sacar mendrugo,
siendo pobre porfiado.

Insiste con la constancia
del que al fin vencer espera,
porque ignora, y más valiera
que acabase su ignorancia;

que será inútil su afán
é inútiles sus clamores,
porque la hermosa Dolores
está loquita por Juan,
cuyos ojos, que la calma
le roban y las ideas,

dice que son chimeneas
del horno que hay en su alma.

A influjos de su calor
se agosta como las flores,
y al fin matará á Dolores
la fuerza de su dolor;
que aunque la pobre confía,
hace mal en confiar,
pues ya dije al empezar
que Juan adora á María.

Y por tal complicación
sufren eternos rigores,
lo mismo Juan, que Dolores,
que María y que Ramón.

EDUARDO GARCÍA.

ES NATURAL

Dolores, Petra y Regina,
tres muchachas hasta allá,
que están estudiando la
carrera de medicina,
una preciosa pulsera
y un gaban de paño inglés,
apuestan á ver cual es
la que acaba la carrera,
probando su aplicación
al final de cada curso,
sin acudir al recurso

de la recomendación.
Pero Dolores, que tiene
bastante de descocada
y muy poco de aplicada,
á esos planes no se aviene.
Y, mientras sus compañeras
se desviven trabajando
y se pasan estudiando
sin dormir noches enteras,
ella, atenta solamente
á un asunto: el intrigar,

consigue siempre sacar
nota de sobresaliente;
pues todos los profesores
auxiliares y ayudantes
se muestran de ella constantes
y fieles adoradores,
y accediendo á sus intrigas
la ayudan de tal manera...
que al cabo hará la carrera
más pronto que sus amigas.

ANTONIO LIMINIANA.

EN EL ALBUM

DE CONCHA MARTINEZ DE FIGUERAS

HABLA ELLA

¡Por fin! ¡Ya el álbum volvió!
¡Gracias á Dios! Aquí está.
¡Ya el poeta terminó!
Un año justo empleó,
¿Qué demonios me dirá?

A mes por verso ha salido
en dos años. ¡Dios piadoso!
¡Lo que él habrá discurrido!
¡Qué númen tan exprimido
y qué pico tan premioso!

Ahora es cuando yo comprendo
por qué en un año cabal
no le he visto. ¡Ya lo entiendo!
¡Como que habrá estado haciendo
este segundo Escorial!

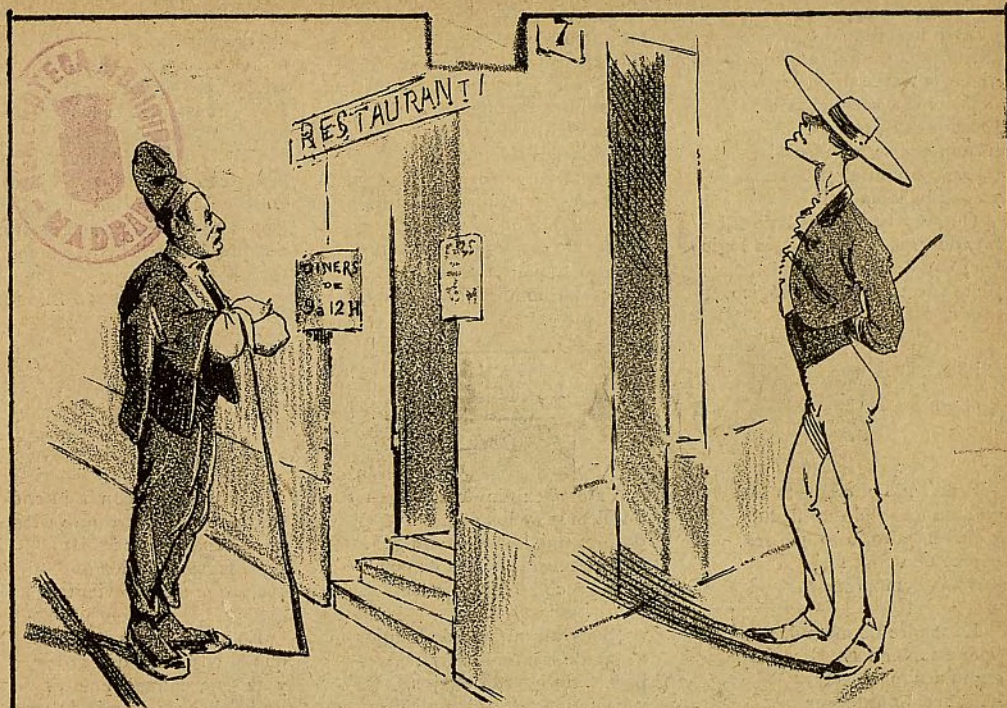
DE PESCA



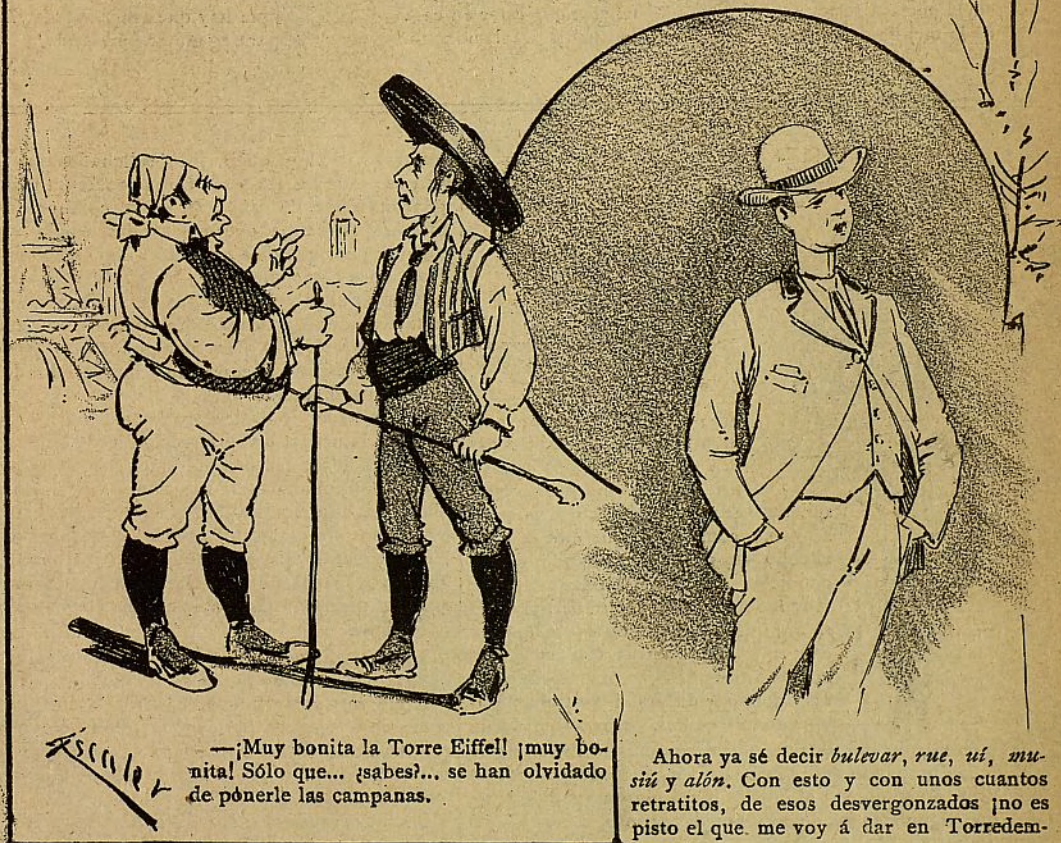
LA PENA DEL TALIÓN.

EN PARIS

(IMPRESIONES)



—Lo que verdaderamente me choca es que los números de las casas están todos en español.
 ¿Es á dir que de 10 á 12 donan diners?
 ¡Ganga, Tóful! Tornaré á las 10.



—¡Muy bonita la Torre Eiffel! ¡muy bonita! Sólo que... ¡sabes!... se han olvidado de ponerle las campanas.

Ahora ya sé decir *bulevar, rue, ui, mu-siú y alón*. Con esto y con unos cuantos retratitos, de esos desvergonzados ¡no es pisto el que me voy á dar en Torredembarra!

¿Y quién le va á dar ya quejas,
si estará desmejorado
y calvo hasta las orejas?
¡Ni un pelo le habrá quedado
ni en la frente ni en las cejas!

¡Vamos á ver qué salió!
Leamos este proceso...

¡Miren qué se le ocurrió!
¡Que soy bonita! ¡Pues eso
ya me lo sabía yo!

Que soy buena, ¡es natural!
Siendo esposa y madre, es lógico.
Que voy derramando sal...
¡Pues si esto es climatológico,

endémico-nacional!

Que mil galas tengo... ¿Sí?
Pues llenarán el papel.

Que me estima... Lo advertí.

¿Mas, si yo le estimo á él,
no ha de estimarme él á mí?

¡Qué falta de novedad!

¡Ave María Purísima,
y cuánta vulgaridad!

¡Que tengo una hija lindísima!

¡Ay, esto sí que es verdad!

En esto sí que ha acertado:
en esto sí que ha probado
que es un hombre distinguido.

¡Todo el tiempo que ha invertido
lo doy por bien empleado!

Dirán que la poesía
no es verdad y que á porfía
miente, en estilo vulgar...
Pues si ensalza á la hija mía
¿cómo puede exagerar?

Cese, ya, pues, mi desdén.
¡Qué bien la pinta! ¡Qué justo!
Dios le dé la gloria, amén.
¡Estos hombres de buen gusto,
siempre hacen las cosas bien!

EUSEBIO BLASCO.

PALIQUE

Sepa todo el que esto lea
que me ha salido un flemón,
y que el bulto, ó lo que sea,
parece una cosa fea,
salvó la comparación.

La madre de mi mujer
(que estaba en El Escorial),
según acabo de leer,
ha fallecido anteayer
de congestión cerebral.

Y yo, al ver lleno de horror...
que la muerte nos acecha,
sentí un agudo dolor...
en la encía superior
de la mejilla derecha.

Ya está explicado el origen
del flemón, y los demás
dolores que ahora me afligen.
Las circunstancias lo exigen,
¡y sufro como el que más!

¡Suegra! mírame de hinojos
al pié de esa tumba fría;
para ti no guardo enojos,
y hasta me lloran los ojos...
con el dolor de la encía.

De castaño oscuro pasa
lo que me pasa, y me irrito;
porque es una triste guasa
tenerse que estar en casa
por culpa del flemoncito.

Y hoy salgo, con la intención
de ver si encuentro un valiente,
para armar una cuestión,
y presentarle el flemón
¡para que me lo revientel

En suma, caros lectores:
que la cosa está que arde,
y que yo, con mil amores,
no hablo más de mis dolores
porque se me va á hacer tarde.

Mas ya que todo teorema
tiene su demostración,
puedo sentar como lema
¡que hay que tener mucha *flema*
para aguantar un *flemón*!

CARLOS MIRANDA.

¡¡ ESPARTACO !!



Amar á nuestro prójimo
nos manda la doctrina,
y al prójimo en la guerra
le dan contra una esquina.

(Bretón de los Herreros)

Como hay de todo en este
mundo (no sé si también ha-
brá de todo en los otros),
no faltarán personas para

quienes sea artículo de fé que poquito
á poco,—como dicen que hila la vieja
el copo—nos vamos civilizando; que la
condición del linaje humano mejora,
muy lentamente, si señor, pero mejora
al fin; que las costumbres se dulcifi-
can; que las guerras son cada vez
menos frecuentes y menos durade-
ras; que, por último, á continuar por
ese camino, es lícito esperar que en un

porvenir, lejano todavía, por desgracia, la fuerza de la
razón preponderará sobre la razón de la fuerza, como
dijo no sé quien, el que lo dijera; porque es indudable
que alguno lo ha dicho y por de pronto, eso es lo que
importa.

Pues ¡vive Dios! que á los desdichados que tal creen
y en eso esperan, les ha dado una somanta más que re-
gular el señor de *Espartaco*, un colaborador de *El*
Liberal que escribe con mucho desparpajo y no poco
donaire, pero que dice, al parecer con la mayor tranqui-
lidad, unas cosas que ponen los pelos de punta.

EL EJÉRCITO Y LA PATRIA se titula una especie de
carta artículo, ó artículo carta, que el susodicho señor
de *Espartaco* dirigió, hace ya algunos días, por conduc-
to de *El Liberal*, al conocido y muy celebrado escritor
D. Pompeyo Gener.

No he leído, y lo deploro, el artículo de Gener que
ha dado motivo á las observaciones de *Espartaco*; y es
verdaderamente excepcional esto, porque leo siempre, y
lo leo con mucho agrado, cuanto sale de la vigorosa
pluma del autor de LA MUERTE Y EL DIABLO; ignoro,
por lo tanto, si están justificadas las manifestaciones de
Espartaco en lo que á Pompeyo Gener respecta, pero lo
que sé de buena tinta es que las teorías del señor *Es-
partaco* son para desalentar al más convencido de los
optimistas.

«La guerra como fin (dice *Espartaco*) es una barbari-
dad; la guerra como medio, es inevitable.»

Creía yo —y continuo creyéndolo,—que si la guerra
como fin es una barbaridad, la guerra como medio es
otra barbaridad. Lo cual no se opone á que sea inevi-
table. No digo yo que lo sea, ni que deje de serlo; digo
que si lo es, será una barbaridad inevitable.

Habla despues el señor *Espartaco* de guerras justas, y
para mí es evidente, de toda evidencia, que no hay gue-

rras justas: admitiré, cuando más, que las hay medio justas, si uno de los beligerantes guerrea en defensa propia; pero justas por completo, ni las veo, ni las conozco, ni puedo admitirlas.

El señor *Espartaco* deplora que se abran *boquetes* en los Pirineos, lo cual parece demostrar que si es partidario de la guerra, como medio de civilización, sin duda por aquello de que *la letra con sangre entra*, es enemigo declarado de los ferro-carriles, porque tal vez crea que la facilidad de las comunicaciones no es medio de civilización tan eficaz y tan beneficioso como la guerra... y, *amen* de lamentar eso de los boquetes, dice lo que voy á reproducir:

«Las clases civiles diciendo que las guerras se acabaron; las clases militares tomando la guerra como fin y no como medio: he aquí dos errores muy graves y muy peligrosos.»

No me entrometeré yo en eso de si las clases militares toman la guerra como fin ó como medio, porque no soy clase militar y... ¿qué sé yo de esas cosas?; pero en cuanto civil, porque civil si soy

(y el ser civil es un placer),

en cuanto civil, si puedo asegurar al señor de *Espartaco* y no lo eche á mala parte, que no hay ningún civil de mediano entendimiento que diga en serio: *se acabaron las guerras*.

Eso no lo ha dicho nadie; eso nadie lo dice... como no sea algún charlatán que pretenda competir con los inventores de específicos.

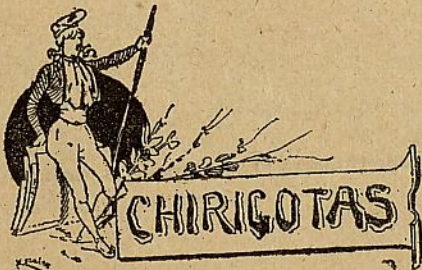
No se acabaron las guerras; no señor; pero hay quien desea que se acaben y quien espera que se acabarán. Entre los que esperan eso, no se halla ciertamente el señor *Espartaco*, pues dirigiéndose á D. Pompeyo Gener, le dice: «*Convenza V. á algunos filósofos de que es una vulgaridad creer que la guerra puede llegar á ser innecesaria.*»

Y dirán esos filósofos con muchísima razón: «Nos ha partido Vd., señor *Espartaco*. ¿Con que eso que nosotros creemos es una vulgaridad? ¿Y no podría ser una vulgaridad lo que V. cree? Parécenos arrogancia excesiva esa seguridad con que Vd., como si tuviese el privilegio de ser infalible, sostiene, como el famoso don Hermógenes de *El Café*, que las guerras no cesarán nunca y que es falta de ilustración y hasta de sentido común sostener lo contrario.»

El que las guerras, muchísimas en número, de que nos hablan los historiadores, hayan podido ser causas más ó menos mediatas de civilización—pues como medio de civilizar se iniciaron muy pocas—no supone que ese procedimiento brutal haya de subsistir *ad perpetuitatem*; también fueron los palmetazos y los azotes medios de enseñanza, también fué el tormento procedimiento judicial... y ya Vd. vé que ahora hay enseñanza y no hay azotes y hay justicia y no hay autos de fé.

¡En buena hora lo diga...!

A. SANCHEZ PEREZ.



Desde el día último del presente mes serán

sustituídos los actuales sellos de Correos y Telégrafos por otros nuevos.

Los cuales, según dice la prensa, podrán competir, por su bondad y excelente tiraje, con los mejores del extranjero.

Y á mí me parece que los que en el ramo de Correos debían competir en bondad con los extranjeros, no son precisamente los sellos...

Sino los empleados.

✱

El martes se estrenó en el Novedades una especie de revista en un acto y cinco cuadros, titulada *Apuntes del natural*.

La obra no vale gran cosa, ni tiene mayormente mucha gracia, ni buena música, ni chistes cultos, ni nada.

Allí hay de todo, menos ingenio.

Pero en cambio, abundan en la revista los *jiptos* y las *pataitas* y el *cante jondo* y las pan-torrillas al natural... y es salva.

El desempeño bueno, á Dios gracias.

Todo lo bueno que puede ser, dadas las condiciones de esta especie de revistillas que ahora se usan, y de las cuales ya vamos estando hasta aquí...

Y hablemos de otra cosa, ¿eh?

✱

La falta material de espacio nos impide contestar en este número á las cartas recibidas.

En el número que viene las contestaremos todas.

✱

Como verán nuestros lectores, esta semana ha hecho el gasto, en la parte de láminas, el amigo Escaler.

Al cual quiero dar, y doy publicamente un bombo por su celo, abnegacion y desinterés.

¡Chócala, Ramón!

✱

Está enfermo don Ventura y el curandero Vicente afirma doctoralmente que lo cura—¡Qué locura!

✱

Por lo mismo que nadie me la ha pedido, quiero yo dar mi opinión acerca de la polémica que en la actualidad sostienen *Clarín* y Manuel del Palacio.

Y mi opinión es que tanto uno como otro andan metidos en un empeño inútil.

Porque ni *Clarín* ha de demostrar, por más que se esfuerce, que Manuel del Palacio no es un poeta de cuerpo entero, ni Palacio ha de convencer á nadie de que *Clarín* no es el primero de los críticos españoles.

Diga lo que diga, acerca de este último extremo, mi buen amigo José de Diego.

Imp. Militar Arco del Teatro, pasaje, Barcelona.

NIÑERIAS



- ¿Y de donde vienen los niños á las casas, chacha?
—De París, porque sus pápas los mandan á comprar allá.
—Bueno; pero entonces la perra de casa ¿de dónde ha sacado el dinero para encargar sus perritos?